

concitados contra el Salvador, echábanle tres cosas en cara y le hacían reo de tres capitalísimos crímenes: primero, anunciar la ruina del templo; segundo, presentarse como hijo del Señor y Mesías; tercero, creerse, por descendiente de Salomón y David, rey del pueblo judío. El Sanhedrín se movió á este movimiento de indignación popular. Los escribas, los fariseos, los ancianos, congregáronse para entender en el caso y condenar al culpado. Hacía de fiscal toda la población judaica y hacía de juez todo el judaico sacerdocio. Las condiciones del Sanhedrín en la edad aquella de Cristo resultan especialísimas y muy dignas de maduro estudio. Como el Senado en Roma, este cuerpo sacerdotal, jurídico y legislador, tenía muchas facultades en confusión é indeterminaciones increíbles. Acordes con la tradicional política de su eterna ciudad, los romanos dejaban en una especie de federación gigantesca gobernarse los pueblos á su guisa, con tal que les reconociesen suprema soberanía eminente y les pagasen el debido tributo. Así el Sanhedrín judío gozaba de sus facultades políticas, de sus facultades religiosas, de todo su poder, incluso el jurídico, en aquello que no se opusiese á la dominación romana y al romano imperio. Esta grande asamblea litúrgica podía, pues, perseguir y castigar á los criminales. Mas como en aquellos días, sobre-

excitada la ira judaica por la conquista y dominación extranjeras, hubiese á cada paso revueltas no castigadas por el poder oficial, incapacitado completamente de indisponerse con sus correligionarios y compatriotas, el pretor ocurría de suyo á las necesidades públicas, persiguiendo y castigando los desórdenes, aunque resultaran sus promovedores fieles al dogma bíblico y pertenecientes al pueblo judío. He aquí explicado el proceso de Jesús. Los jueces y ancianos reuniéronse por la noche, tras la sacra cena, y decretaron el apresamiento. Jesús, profundamente humano en toda su vida, lloró, vaciló antes de resolverse al supremo sacrificio; pero, una vez resuelto, lo abrazó y lo consumó sin vacilaciones hasta el fin. Inútilmente los discípulos y apóstoles dormían mientras los concitaba él á que vigilasen; inútilmente Judas lo vendió por un puñado de monedas; inútilmente lo negó Pedro; inútilmente los fariseos rasgaron sus vestiduras al oírle y le insultaron y escupieron tantos sayones como desataran para perseguirlo y prenderlo; penetrado Jesús de que su obra redentora se completaba y se perfeccionaba con aquel sacrificio suyo, lo aceptó en conformidad con su divino ministerio, muriendo sereno y tranquilo por todos nosotros.

Hay en el proceso de Cristo dos partes: una política, otra religiosa. Por haberse llamado Mesías é

Hijo de Dios, estaba en el caso de perseguirlo el sacerdocio; por haberse llamado rey de los judíos, estaba en el caso de perseguirlo el pretor. La elección de Jerusalén comenzó la causa. Ella prendió á Cristo, ella intentó las primeras declaraciones, ella infligió los comienzos del castigo y puso al divino reo en la vía del ignominioso patíbulo. Mas, al llegar la hora de imponer una pena capitalísima, se asustó de sí misma y remitió Jesús á Pilatos. El romano pretor no quería matarlo, indiferente á que se llamara ó no Mesías prometido en aquellas discordias religiosas, y á que se llamara ó no rey de los judíos en aquellas discordias políticas. Así dijo á las clerecías y magistraturas israelitas que lo mataran ellas. Pero los fariseos antiguos hicieron algo de lo que después hicieran los inquisidores modernos. Defiéndose todos éstos de haber causado víctima ninguna, entregándolas todas al secular brazo de la justicia civil y laica. En el sacerdocio aquel vemos un eterno farisaismo que luego trasciende á todos los tiempos, como en el pretor aquel vemos un eterno cesarismo que trascenderá también á nuestros días. Contra su voluntad Pilatos recogió el triste ministerio de castigar á Jesús, y ya recogido, apeló á todos los recursos imaginables para salvarlo completamente. Los Evangelios canónicos no lo dicen, pero lo dice con amplitud el

Evangelio de Nicodemus. La esposa de Pilatos compadeció mucho al joven reo é hizo supremos esfuerzos para salvarle. Preguntado Cristo por su ministerio, respondió que sólo consistía en predicar la verdad. E interrogándole Pilatos para que dijese qué fuera la verdad, callóse profundamente, compadeciendo la horrible ceguera de su espíritu. Con esto y con todo, creyendo el pretor que aquella plebe necesitaba carne, ofrecióle á devorar el reo Barrabás. Mas no le satisfacía presa de tan poco vuelo y reclamaban á gritos la muerte de Jesús. Entonces Pilatos, cumpliendo una parte de su ministerio y aplicando á la víctima otra parte del derecho penal consuetudinario, flageló á Jesús y sacólo al balcón del pretorio casi desnudo, atadas las manos, ceñida con corona de abrojos la frente, una caña por cetro, unos sayones por corte; y desgarrado, ensangrentadísimo, con los huesos casi en descoyuntamiento, con los ojos casi apagados, lo presentó diciendo: «Ahí tenéis vuestro hombre: *ecce homo.*» Las muchedumbres insistieron despiadadas en pedir su muerte, Pero Pilatos lo remitió á Herodes, y encargóle de ver cuanto se pudiera, en pro del rey de los judíos, hacer. Herodes le puso un manto de escarlata y lo expidió á Pilatos entre burlas y jácara del pueblo, diciendo que merecía la última pena. Lavóse Pilatos entonces las manos, costumbre muy

admitida, no entre su gente, no, entre la gente judía, para indicación de que obraba todo aquello contra su voluntad, mal de su grado, y entregó el Salvador á sus verdugos. Había varios géneros de pena en aquella sociedad: la multa, el apaleamiento, las flagelaciones, la horrible lapidación, y, por último, las crucifixiones. El verdadero castigo capital en el derecho judaico fué la terrible lapidación. A ella sujetaron aquellas gentes el protomártir de nuestra religión, Esteban. La crucifixión fué un castigo romano. Aplicóla el pueblo rey á los esclavos. Los compañeros del mártir Espartaco se levantaban á un lado y otro del camino por donde iba su horrible vencedor en cruces regadas con roja sangre de siervos. No diremos que fuera el más doloroso aquel de cuantos suplicios conocían los hombres entonces; pero sí le llamaremos el más afrentoso, cual si nuestro Redentor hubiese querido bajar las gradas todas del sér hasta su escalón último, apurando las últimas ignominias para que hasta lo más bajo se levantase á las alturas, y lo más maldito mereciera bendiciones, y lo más afeado por la culpa se lavara en tan sublime instante de rescate y de redención universal.

Por fin Cristo entra en la calle de la Amargura. Este paso del Salvador desde su Pretorio á su Calvario queda más impreso que ningún otro en la

conciencia y en la memoria humanas. El divino Morales, en cuadro que resplandece por Toledo, nos ha presentado la cabeza de Cristo al concluirse la flagelación, al pisar la vía del Calvario, y aquel rostro dolorido, la negra cruz junto á él, la diadema de abrojos en la frente, los cordeles al cuello, las lágrimas nublando la mirada profundísima, la sangre corriendo por los surcos de las mejillas y goteando de la negra barba, la respiración convertida en una especie de suspiro y sollozo tienen tal realidad, que veis pasar todos los dolores humanos juntos y sentís allí la crucifixión á que os adscribe y sujeta vuestro propio sér, desposado el infeliz desde su nacimiento con la pena y con la muerte. ¿Quién que se haya criado en los pueblos católicos no recordará la triste procesión del Jueves Santo por la tarde? Yo creo ver la de mi pueblo, y viéndola, traigo á mi corazón los afectos primeros trágicos de la inocencia y de la infancia. La torre del templo muda; los hogares, como si en todos hubiese algún difunto, cerrados; sin vestidura las aras y sin sacras; los candelabros esparcidos; las lámparas extintas; el tenebrario extinguiéndose y causándonos con su oscuridad sucesiva escalofríos como si el sepulcro se abriese á nuestras plantas y el juicio final viniera sobre nuestras cabezas; todos estos tristores de tan solemne día no llegaban á la congoja sentida

cuando la Virgen Madre iba solitaria, envuelta en túnicas negras y negros mantos, sus manos amarillas como las de un cadáver, amarillo su rostro como las manos y lleno de lágrimas cuajadas cual granizo, porque nuestro terror trágico, al verla entre las elegíacas endechas del miserere entonado por voces lamentosísimas, nos sugería la idea de que nosotros pudiéramos en tal momento morirnos y quedarse como aquella mujer sin consuelo, como aquella sombra de la desesperación y de la muerte, nuestras pobres madres. No recuerdo si las efigies aquellas merecían ó no, según su valor artístico, la representación del religioso paso; mas recuerdo cómo herían mi corazón y llegaban á sugerirnos pena tal que allí comenzaron los primeros manantiales del río y del mar de nuestras lágrimas. Cuando, por un lado, en aquella procesión, se veía la Soledad, y por otro lado llega el Nazareno, como la naturaleza humana se reproduce y se copia toda ella en cada instante sublime, la inteligencia y el corazón se ponían en aquel caso, y las penas horribles, y los desengaños mortales, y los combates eternos, y las tragedias infinitas é innumerables agolpábanse á nuestro corazón y nos traían el recuerdo completo de cuanto habíamos sufrido todos en nuestros progenitores y el presagio de todo cuanto deberemos á una sufrir todavía en todos

nuestros descendientes. Las angustias en el huerto, angustias del género humano son. Todos tenemos traiciones de Judas en la triste vida. Nos han negado personalmente los discípulos más queridos y han renegado una doctrina salvadora como si fuese mal y error. Todos los labios han probado la hiel acerba que despiden las fauces del calumniador. Todos hemos bebido el agrio vinagre de los desengaños y todos hemos amasado con hieles el pan de cada día. La tierra es una infinita calle de la Amargura, por la cual vamos, cayendo y levantándonos, con la cruz al hombro y las espinas en las sienes; calle de la Amargura terrible, á cuyo término sólo descubrimos el Calvario de todos con patibulos en las cimas y con el sepulcro á las plantas.

Rafael ha pintado por maravillosa manera el paso de Cristo desde casa de Pilatos al Gólgota. Es el momento en que, agotadas las fuerzas de Jesús, necesita que le auxilie y acorra el Cirineo. Está Cristo en el suelo caído. Los golpes que le han dado, las heridas que le han abierto, la cruz que le han puesto sobre los hombros, las espinas con que le han taladrado la frente, los insultos y las vociferaciones de tanto calumniador como lo ha perseguido y acosado, el dolor sugerido por los abandonos y por las traiciones, el coro infernal de blasfemias, la bofetada, la flagelación, la pública ignomi-

nia, en tales términos han acabado con él, que no puede sobrellevar la pesadumbre de su vida, y cae como un árbol seco derribado por tierra. Pero hay quien sufre más allí, hay quien padece con padecimientos más acerbos todavía, su pobre madre. Jesus parece no querer verla, por no resultar al cabo en aquella horrible situación, con su aspecto y con su tristeza, verdugo involuntario de quien le dió la vida. Y se dirige á las mujeres y les dice viéndolas á todas afligidas y sollozando: «No lloréis por mí, hijas de Jerusalén, llorad por vosotras y por vuestros hijos.» En efecto, Cristo vió todas las consecuencias inminentes de aquel terrible minuto; vió el templo arruinado, el santuario destruído, las generaciones de la Ciudad Santa enclavadas como él en la cruz, Sión hecho un monte de cenizas, y las generaciones de Sión, que se creyeran señoras de la tierra, dispersas y maldecidas, arrastrando una cadena moral, peor cien veces que la férrea cadena de los esclavos, el eterno deshonor y la eterna ignominia, sólo por no haber comprendido las nuevas ideas encerradas en sus viejos ideales. En el cuadro que llaman las gentes Pasmó de Sicilia, en el cuadro de Rafael, no miréis los verdugos y sayones que tienen mucho de clásicos, la cara del Cirineo recordando filósofos pertenecientes á la escuela de Atenas, el romano gobernador á la derecha, á la iz-

quierda, un legionario anacrónico en traje de la Edad Media; lo que hay allí de sobrehumano es el ideal, condensado todo en la cabeza esférica de Cristo, y el dolor de su madre, con los brazos tendidos á la prenda de sus entrañas y el rostro lleno con el dolor interno é iluminado por los rojizos relampagueos de la tempestad universal. ¡Oh!, sí, el dolor de los dolores todavía no está en Cristo crucificado, está en su madre al pie de la cruz.

XXII

El cristianismo corresponde y concuerda, como ninguna otra religión real, con la naturaleza humana. El cielo de los antiguos admitió solamente la fuerza del poder y consagró las ventajas del triunfo. Las penas, que nos traspasan el pecho y que nos entenebrecen el espíritu, estaban como proscriptas de los viejos olimpos. A lo sumo entraba en ellos ese aspecto del universo que se denomina el combate universal por la existencia. Luchaban soberbios los dioses antiguos, mas no padecían humildes. La ventaja del cristianismo sobre las demás religiones, aun visto solamente por su aspecto humano y moral, se halla en su divinización del dolor. Todos en esta baja tierra sufren, y todos encuentran en los altares de Cristo, no dire-